



La propuesta olvidada de Bruno Snell

Amadeu Viana¹

Recibido: 2 de enero de 2017/ Aceptado: 31 de mayo de 2018

Resumen. En este trabajo nos ocupamos de *La estructura del lenguaje* (1971 [1952]) de Bruno Snell, donde se aborda la génesis de la gramática con parámetros semióticos y cognitivos. Su aportación sigue la estela de los fundadores de la antropología cognitiva, al considerar el lenguaje como el producto de la acción y la comunicación; pero Snell, y aquí radica el interés de su propuesta, sigue los pasos de la formación gramatical a partir de datos filológicos relevantes sobre lenguas indoeuropeas. Su idea de unos modos de significar arraigados en la práctica comunicativa básica, que se articulan en los diferentes niveles de la gramática y la sintaxis, permite aproximar su aportación a la semiótica de Peirce, y más concretamente a la investigación biosemiótica actual. Hacia el final de este estudio, su aportación se compara con la de su contemporáneo Benjamin L. Whorf, señalando el interés de ambos para entender las formas primitivas del lenguaje y su persistencia en lenguas contemporáneas.

Palabras clave: gramática, evolución, indoeuropeo, biosemiótica

[en] The Bruno Snell's forgotten proposal

Abstract. In this paper we rescue *La estructura del lenguaje* (1971 [1952]), a singular work by Bruno Snell, which deals with the origins of grammar, on the basis of semiotic and cognitive parameters. His contribution follows the trail of the founders of cognitive anthropology, by considering human languages as the outcome of action and communication; however, Snell goes after the steps of grammatical formation through relevant philological data concerning indoeuropean varieties, and here lies the interest of his proposal. His idea of *modi significandi* rooted in basic communicative practices, which articulate themselves into the different grammatical and syntactic levels, lets assimilate his work to Peircean semiotics, and even beyond, to contemporary biosemiotics. Towards the end of this study, Snell's contribution is compared to that of his contemporary Benjamin L. Whorf, and it is remarked how both authors could be of interest in order to understand the primitive strata in human languages and their persistence in present-day varieties.

Keywords: grammar, evolution, indoeuropean, biosemiotics

Cómo citar: Viana, A. (2018): La propuesta olvidada de Bruno Snell, en *Círculo de lingüística aplicada a la comunicación* 74, 353-372. <http://webs.ucm.es/info/circulo/no74/viana.pdf>, <http://dx.doi.org/10.5209/CLAC.60526>

Índice. 1. Introducción. 2. Filología y semiótica. 3. Arquitectura ternaria. 3.1 Predicados y oraciones. 3.2. Adjetivos. 3.3. Substantivos. 3.4. *Ser, hacer, decir* (una terna peirceana). 4. Gramáticas del Paleolítico. 5. Tradiciones lingüísticas y la barrera del Atlántico. 6. Conclusiones

¹ Universitat de Lleida
Correo electrónico: aviana@filcat.udl.cat

1. Introducción

El presente trabajo pretende recuperar la aportación olvidada de Bruno Snell, el prestigioso filólogo clásico de la Universidad de Hamburgo, a eso que hoy llamaríamos, sin duda, semiótica cognitiva, en la línea de investigaciones recientes que indagan sobre los orígenes de la capacidad simbólica humana. Nos estamos refiriendo a *La estructura del lenguaje* [*De Aufbau der Sprache*], aparecida en español en 1971 y en alemán en 1952, un pequeño ensayo en el que el filólogo alemán lleva más allá sus investigaciones históricas para emprender una especie de clasificación de clasificaciones que resulta ser útil para entender las diferentes capas evolutivas por las que quizás atravesó la capacidad simbólica humana con el desarrollo del lenguaje. La cuestión interesante y sin duda novedosa en su momento fue seguramente la imbricación entre investigación histórica y consideraciones (que hoy llamaríamos) cognitivas desde el punto de vista del desarrollo de las lenguas.

Aquí abordamos con algún detalle la arquitectura ternaria de Snell, inspirada en Karl Bühler pero desarrollada con informaciones específicas sobre las lenguas indoeuropeas. Dicha arquitectura presenta interesantes correlaciones con los trabajos de semántica cognitiva del equipo de Bernd Heine (Heine et al. 1991; Heine 1997; Heine & Kuteva 2006; Heine & Kuteva 2007), aunque el ensayo de Snell se inclina más por una descripción, digamos, semiótico-pragmática. Su propuesta debió caer en el olvido justo mientras se expandía por Europa el estructuralismo, que ofreció una base explicativa coherente y funcional para los sistemas lingüísticos conocidos, y de alguna manera autosuficiente, aunque en líneas generales prescindiera, por voluntad propia, del enfoque evolutivo que hoy quizás vuelve a resultar pertinente.

La discusión subsiguiente que aquí presentamos saca a la luz la interesante deriva de categorías lingüísticas como el tiempo o la abstracción, hasta hoy poco entendida o motivo de explicaciones circulares escasamente productivas (vid. más adelante sección 5). El análisis de Snell devuelve la gramática al terreno propio de la corporalidad (= *embodiment*), la propiocepción y la proyección figurativa, donde la había dejado Nietzsche, con sus críticas a la mitificación racionalista de la “causa” y el “objeto”. Esa tríada de la corporalidad, la propiocepción y la proyección figurativa fue también el objeto de estudio de Cassirer (1964), en su aproximación a las formas simbólicas. De manera que aquí Snell, desde la atalaya de su formación como filólogo indoeuropeista, nos permite saltar desde la tradición nietzscheana y fenomenológica hasta los nuevos enfoques de la biosemiótica, que abordan como la naturaleza de los signos interpenetra la actividad de la mente y el lenguaje, formando parte a su vez de la actividad constructiva humana. Su mérito fue especular con el material que conocía, atreviéndose a organizarlo semióticamente (o comunicativamente, como él dice), mucho tiempo antes de que la pragmática cognitiva hiciera su aparición, pero a la vez en un momento en el que los trabajos bioevolutivos no estaban a la orden del día en relación al lenguaje y sus variaciones. Ese estar entre dos mundos, y al mismo tiempo su relevancia por lo que respecta a cuestiones contemporáneas, es lo que convierte *La estructura del lenguaje* en un texto rico en inspiración y atractivo por sus descubrimientos. Como dijo Kurt Lewin, no hay nada tan práctico como una buena teoría; quizás esta no sea la mejor, pero al menos es una que nos permite revisar el material actual con la

vista puesta todavía en los grandes trabajos de filología de la primera parte del siglo XX.

2. Filología y semiótica

Bruno Snell (1896-1986), catedrático de filología clásica de la Universidad de Hamburgo, especialista en literatura y pensamiento griegos, primer decano de la Facultad de Filosofía después de la Segunda Guerra Mundial y posteriormente Rector de la universidad, nos legó estudios sobre métrica griega y la erudita y sugestiva obra *El descubrimiento del espíritu*, publicada en alemán nada más acabar la guerra, en 1946. Apareció relativamente pronto en inglés, en 1953 en Blackwell, pero parece que solo hace poco en español, en Acantilado en 2007. La obra explora filológicamente dimensiones cruciales del pensamiento griego, el concepto de hombre, las creencias, la tragedia, la conciencia histórica, la virtud, la formación de conceptos o las ideas de humanidad, en la línea de obras que aparecieron también en su época de la mano de filólogos clásicos como Richard B. Onians, sobre el pensamiento griego y romano acerca del alma, el cuerpo o el destino (Onians 1987 [1954]). Navegando igualmente bien por la mitología, la literatura, la gramática y la filosofía, estas obras ofrecen un fresco impresionante sobre la génesis de categorías de pensamiento con las que la cultura occidental ha estado bregando durante centenares de años, transformando sus significados y reorganizando sus ámbitos de uso. Cabe decir que tanto Snell como Onians trabajaron durante años en modificaciones y adiciones de su primera aportación de finales de los cuarenta y primeros de los cincuenta.

Snell publicó en 1952 el pequeño ensayo que ahora nos ocupa, *Der Aufbau der Sprache*, literalmente “La construcción del lenguaje”, traducido y difundido aquí en los primeros setenta como *La estructura del lenguaje*. El libro apareció en la editorial Gredos, en una traducción excelente de Montserrat Macau de Lledó, Doctora en Filosofía y Letras y profesora de alemán, esposa de Emilio Lledó y, lamentablemente, fallecida el mismo año de la aparición del libro, en 1971. Parece que la obra no apareció en versión inglesa ni francesa, pero sí que mereció una versión italiana en *Il Mulino* en 1970.

La hipótesis más probable por lo que respecta a la difusión de la obra sería que habría quedado engullida a partir de los primeros sesenta por la difusión del estructuralismo en Europa, el nuevo giro “sincrónico” de los estudios lingüísticos y la avalancha, en general, de trabajos gramaticales, estructuralistas y no estructuralistas (hay que contar con la difusión de las obras de Jakobson y Chomsky y sus consecuencias ulteriores) que invadieron las universidades europeas y americanas al socaire de la difusión de la lingüística como disciplina “estrella” de las ciencias humanas durante las décadas que siguieron. El hecho de que tanto la versión española como la italiana recorrieran al término *estructura* para designar la arquitectura de Snell es un indicador de las corrientes entre las que había de habérselas el ensayo de Snell, traducido tantos años después. El suyo, pues, fue un intento explicativo en el límite mismo de la expansión de la lingüística, víctima y al mismo tiempo exponente de su cambio. Algo así como la obra de Ferdinand de Saussure (pero al revés), un buen filólogo indoeuropeista que pasó a la historia por unos apuntes donde pasaba a limpio algunas ideas generales que luego fueron tomados como un texto fundacional.

En Snell tendríamos la cristalización de la filología indoeuropea en una trama de clasificaciones generales, presididas por la idea de comunicación, el concepto que daría la vuelta al mundo varias veces de la mano de Roman Jakobson, y aun así envueltas en nociones sorprendentemente actuales sobre evolución lingüística y semiótica cognitiva. Snell se cita en *Up from dragons*, el sugestivo ensayo de Skoyles & Sagan (2002) sobre la evolución y la mente humana. En *La estructura...* hay una referencia a Roman Jakobson, a quien Snell recuerda por haber llamado su atención acerca de la semejanza entre las clasificaciones ternarias del ensayo y las especulaciones sobre la gramática lógica y los modos de significar de los medievales, todo un ejemplo de cómo reunir tradiciones sin romperlas. Snell también dedica esa misma extensa nota donde alude a Jakobson a rastrear reflexivamente como le han llegado las ideas sobre ternas productivas en el lenguaje y la comunicación, entre la bibliografía que ha tenido a su alcance. Para despejar dudas, hay que decir que Charles S. Peirce no aparece por ningún lado en el libro y no parece que haya constituido una fuente de referencia para el ensayo de Snell.

La obra se propone, efectivamente, investigar sobre el origen de las categorías lingüísticas en indoeuropeo, remitiéndolas al origen comunicativo, pragmático (en el vocabulario de hoy), de su diversificación evolutiva. Snell piensa en tres modos de comunicación, de orden indistinto, la acción, que presupone un movimiento intencional, la expresión, que presupone un movimiento relacional, y la representación, que presupone un movimiento imitativo. Los tres modos estarían detrás del origen de las tres categorías lingüísticas básicas del indoeuropeo, el verbo (para la acción), el adjetivo (para la expresión) y el nombre (para la representación) y, interactuando entre sí en diversos ciclos y de diversas maneras, esos modos podrían explicar (y este es el núcleo central del trabajo de Snell) la articulación del resto de categorías y subcategorías gramaticales, con una arquitectura elegante y cohesiva. La terna recuerda el *Organonmodell* de Bühler (1934) y de hecho está inspirada en este, aunque a la preeminencia de la función Snell añade el carácter creativo de la articulación de cada nivel gramatical. Al amparo de Bühler, Snell construye una arquitectura explicativa que, sorprendentemente, resulta también eficaz para entender los diferentes estratos de donde habrían ido surgiendo los “modos de significar” que encontramos, consistentemente enlazados, en las gramáticas humanas actuales.

En ese proceso de construcción categorial (o de emergencia de la sintaxis), que el autor propone y estudia a partir de su clave semiótica de la acción, la expresión y la representación, aparece, un poco inesperadamente, el juego como ámbito de la expresión creativa y de las posibilidades imitativas. Se nos recuerda que el juego humano (y hoy cabría añadir, el humor como parte del juego) es la modalidad vinculada al aprendizaje y la comunicación por excelencia y, añade Snell, el ámbito donde se cruzan los tres modos de significar de manera particularmente productiva:

Por el entrecruzamiento de los tres elementos, surge una nueva unidad, que carece de esta relación inmediata con lo concreto, y cuyo nuevo “sentido” consiste, precisamente, en que desaparece la relación con lo concreto-particular. (Snell 1971: 33)

Es este ámbito el que permite identificar la creación gramatical y la construcción relativa de categorías con la dimensión del aprendizaje, la vida social y la interacción de los grupos humanos, dado que no hay vida simbólica (o lingüística) sin grupo social. Lo cognitivo es, pues, de manera determinante, actividad social y humana.

No parece difícil relacionar la propuesta de Snell con ciertas ideas sobre autoorganización que son discutidas en la actualidad en biosemiótica. La biosemiótica considera la capacidad organizadora de los signos como un modo de mediación entre la naturaleza y las formas culturales (Sebeok & Umiker-Sebeok 1991; Favereau 2010). El lenguaje humano correspondería a una etapa de codificación emergente, tras la codificación biológica concomitante a la aparición de la vida, y anterior a la codificación de la información propiciada por la ciencia y la cultura. La construcción del lenguaje humano tiene lugar en la *interficie* entre la biología y la cultura, es un producto híbrido, consecuencia de la ralentización de las etapas de crecimiento cognitivo (la larga infancia) más el plus de crecimiento postfetal del primer año de vida (la postración inicial), que hace posible una mayor conectividad y la emergencia de las lenguas articuladas (Deacon 1997; Fitch 2010).

La investigación biosemiótica actual así como la semiótica cognitiva tienen en cuenta la hipótesis de la autoorganización de manera fehaciente: la idea de que tras centenares de miles de años de comunicación multimodal, oral y gestual, basada en mimesis (figuración) y referencias (índices), limitada a lo inmediato o puramente episódico, las lenguas articuladas emergieron sobre ese fondo multimodal al amparo de una conectividad aumentada, posibilitando ese tercer nivel de referencia simbólica, que permite interpretar y reinterpretar indefinidamente, crear conceptos nuevos y referirse al propio lenguaje. La autoorganización, o construcción de las lenguas articuladas, parece seguir algo así como la dinámica señalada por el filósofo y científico Charles S. Peirce (1839-1914), unas primeras etapas icónicas (incluyendo los sonidos), unas segundas etapas pragmáticas o referenciales (incluyendo clases de palabras y marcas morfológicas) y una tercera etapa simbólica (incluyendo la sintaxis, el discurso y la interpretación de los enunciados) (Viana 2013). Obsérvese que esa articulación o autoorganización, cuya esencia captó tan bien Roman Jakobson al referirse a los dos polos organizativos pertinentes, las palabras (el código) y el discurso (el mensaje), remite a las dos juntas básicas descritas por Wilhelm von Humboldt, la de los sonidos y las palabras por un lado, y la de las palabras y el discurso por otro (Trabant 1986).

Siguiendo a Peirce, el tercer nivel, simbólico o interpretativo, se sustenta o se basa en los dos estadios previos, el icónico o figurativo y el pragmático o referencial (Deledalle 2000; sobre Peirce, cf. Barrera 2007). Las lenguas articuladas serían el resultado de añadir una conectividad más poderosa (y constructiva, capaz de liberarse del contexto inmediato) a una actividad icónica y referencial preexistente, activa seguramente durante milenios, base de una comunicación multimodal en cualquier caso más limitada y todavía fundamental entre nosotros (Jung 2009; Viana 2015). En su momento, el lingüista Charles F. Hockett (1916-2000), al referirse a la *duality of patterning* (la combinatoria de sonidos en morfemas más la recombinación de palabras en el discurso; Boert *et al.* 2012), señaló que probablemente se trataba de un fenómeno relativamente reciente, asociado a necesidades de procesamiento y al alivio de la memoria por la

aceleración de los sistemas sensoriales y motores, correlativo a la aparición de las lenguas articuladas. La idea de una capacidad combinatoria y compositiva recientes, actuando sobre un fondo inarticulado de referencias y de figuración, se presenta, pues, como una hipótesis plausible, y acorde con la idea de autoorganización semiótica.

En este marco cabría entender e interpretar la aportación olvidada de Snell: la idea de que los sistemas gramaticales habrían emergido de la acción, la expresión y la representación, constituyéndose como sistemas autónomos de significado, posibilitando las formas gramaticales que conocemos en la actualidad. Esa idea de autoorganización gramatical, teniendo como fondo o base la comunicación y la acción, parece constituir también el trasfondo de las recientes investigaciones en semántica cognitiva (Traugott 2002; Heine & Kuteva 2007), centradas en la génesis de las formas gramaticales, o aproximaciones históricas y pragmáticas como la de Sweetser (1990). Y si queremos retroceder un poco más, las ideas de autoorganización parecen también afines al programa sociosemiótico del primer Halliday, tan influyente, basado en la tríada de funciones (experiencial, interpersonal y textual) y la organización discursiva subsiguiente (Halliday 1978).

Para amplificar todavía más la red de conexiones, cabe decir que Snell remite abiertamente a las bases biológicas de su propuesta, en un contexto en el que ello solo se podía entender desde las discusiones casi naturalistas de los “primeros padres” de la antropología cognitiva como Scheler, Plessner o Cassirer (Jung 2009), pero no desde los paradigmas de la lingüística de su época, abiertamente culturalistas. La suya es una propuesta, pues, de fundamento biologista, en la línea de los pragmatistas que habrían defendido la historicidad de la mente (la construcción social e histórica del espíritu, como se decía entonces) (Viana 2015: 130) pero al mismo tiempo semiótica, fundamentada en la idea de que los signos y sus propia construcción constituyen aquello más propiamente humano. En sus propias palabras:

Lo originario, por tanto, no tiene necesariamente que sacarse de la historia, sino que puede ofrecerse en formas primitivas actuales del lenguaje. [...] En todo caso, el hecho fundamental es que “lo originario” aquí no es lo primero por lo que se refiere al tiempo, sino lo elemental, por lo que se refiere al significado. Hay, pues, que investigar este carácter elemental y qué supone para la estructura del lenguaje evolucionado [...]. Pero como la evolución del hablar va unida al desarrollo del pensar, tal estudio del lenguaje lleva a la autoconciencia del hombre y al descubrimiento del espíritu [...]. (Snell 1971: 11-12)

Con lo que *La estructura...* se convierte en el armazón teórico más consistente para interpretar los caminos, las vueltas, las paráfrasis o las ambigüedades de la semántica propia del espíritu en su tráfico con la historia, como Snell había descrito en su espléndida monografía sobre el pensamiento griego de 1946. La gramática, pues, es significado: es ese conjunto semiótico procedente de la acción donde las referencias se multiplican para producir palabras y discursos de dimensiones indefinidas.

3. Arquitectura ternaria

Snell comienza refiriéndose a la acción, o los movimientos, como él prefiere decir. Se trata de movimientos en el ámbito de la vida, intenciones elementales, expresiones o manifestaciones, e imitaciones o representaciones. Señala que el sentido puede presentarse bajo tres formas: tener objetivos, manifestarse exteriormente o reproducir mensajes. En la actividad humana se muestra propiamente el sentido, que solo está apuntado en el resto del mundo animal. Los movimientos son a su vez gestos, sobre mí, intentando hacer algo, para el otro, expresando una sensación, o sobre algo, en la representación. A los gestos (o acciones) cabe sobreponer los sonidos, también presentes en el mundo animal. Los sonidos son señales también muy prácticas porque pueden usarse en la oscuridad, y con pocos medios se consiguen muchas variaciones (Snell 1971: 38). Solo los sonidos humanos reúnen tres características a) son articulados b) se estructuran por polaridades y c) componen palabras. La intención delimita el sonido, de intimidación o de atracción (que es la dimensión pragmática), la expresión delimita la polaridad del estado de ánimo, y finalmente la representación delimita los objetos representados (animales, acciones, cualidades), que se manifiesta originalmente en las creaciones imitativas (u onomatopeyas). Snell se extiende en este capítulo inicial sobre la semiótica de los sonidos en el mundo animal y sobre la semiótica propia humana, la articulación (voluntaria), la musicalidad como expresión y la representación imitativa. Concluye que “la articulación sirve a la toma de conciencia del nombre” (Snell 1971: 47), un asunto que ha sido retomado con brío (sin remitir a Snell) en la investigación reciente de Jung (2009).

En los movimientos preside la intención, en los sonidos preside la expresión y en las palabras preside la representación. En la arquitectura de Snell, los tres movimientos (base de la trama de la comunicación) organizan y reorganizan recursivamente (aunque él no utiliza ese concepto) la trama de la gramática, haciendo posible la emergencia de categorías, que se articula (principalmente en indoeuropeo) a base de oposiciones y ternas. Cuando llegamos a las palabras (punto de encuentro de la doble articulación, la primera, de elementos sin significado, la segunda, de elementos con sentido, siguiendo el orden humboldtiano), las tres funciones se cruzan: la representacional, la expresiva y la intencional o pragmática. Aquí Snell señala la utilidad de ese enfoque ternario:

El significado de las palabras surge por el entrecruzamiento de los tres elementos, es más, *consiste* precisamente en él [...]. Por el lenguaje no puedo [...] expresar algo íntimo que no esté “objetivado” [...]; la palabra no es nunca “mera” expresión del sentimiento. Del mismo modo, tampoco puedo actuar por el lenguaje directamente sobre los demás [...] sino que tengo que “aclarar” al otro mi voluntad. Por otra parte, en el lenguaje no puedo reproducir nada tal como es en el mundo, sino que tengo que “traducirlo” al lenguaje. (Snell 1971: 58)

Las tres dimensiones como *mediación* (el término es de Peirce) son las condiciones para que del entrecruzamiento surja “algo nuevo e independiente”. La representación comporta objetos, la expresión es indirecta e imprecisa, la acción supone traducción al lenguaje. Partiendo de ese entrecruzamiento, y dejando, por

un lado, las interjecciones como protopalabras y, por otro, los nexos, como postpalabras, en las lenguas indoeuropeas emerge una clasificación tripartita de verbos, adjetivos y nombres que caracterizan prototípicamente las tres funciones, la acción (o intención), la expresión (o relación) y la representación o categorización.

Snell apunta hacia el final del libro la necesidad de ampliar una tal propuesta con materiales de variedades no indoeuropeas, para construir una especie de *topografía del lenguaje* donde “tendría que ser posible marcar los más diversos fenómenos lingüísticos en el mapa así logrado, o adjudicarles su lugar fijo en una especie de sistema de coordenadas” (Snell 1971: 213), aunque entiende que la “exactitud” de tal empresa distaría de ser muy precisa, a diferencia de lo que ocurre con otros objetos de la ciencia. En cualquier caso Snell explica claramente que la categoría *verbo* ha ocupado un lugar central entre las lenguas indoeuropeas y que es posible que un examen transcultural nos llevara a poner el acento en otros puntos distintos de los que aquí se señalan. Correlativamente, destaca que la categoría adjetivo ha sido la menos desarrollada en las variantes del indoeuropeo, y por ello representa mejor su función original delimitada por la polaridad. Apuntamos aquí que no deja de ser una interesante paradoja que la categoría de la expresión resulte la menos desarrollada gramaticalmente, si bien Snell insiste en que está simplemente delimitando la proyección de las funciones semióticas en la arquitectura gramatical.

En esta proyección, donde sobresale el verbo, la predicación resulta el elemento fundamental. Se trata de una apreciación también hecha por Peirce, donde el *rema* es el elemento primario (o de posibilidad, singular, abierto) en su clasificación según el *Interpretante* (o la interpretación, el sentido), al que siguen por orden de complejidad el juicio o *proposición* (binario, *dicisigno*, como lo llama) y el *argumento* (o silogismo, ternario, entendido como batería de proposiciones) (cf. Deledalle 2000). El *rema* o predicación es una señal incompleta que exige saturación y representa la relación básica entre el *type* (o la clase) y el *token* (el índice, la variable). Entendida, pues, como génesis de la sintaxis, la predicación se puede subdividir en tres tipos que permiten analizar la emergencia de modos oracionales en griego antiguo, y así mismo en indoeuropeo. En primer lugar tendríamos enunciados prototípicos de la acción (y la intención), centrados en variantes de *hacer* (*Eva ríe*), en segundo lugar, enunciados expresivos centrados en variantes de *tener*, que expresamos en lenguas románicas, por ejemplo, con predicaciones sobre una propiedad o una cualidad, como *Eva tiene frío* o *Eva es alta*, aquí con la cópula estándar y un adjetivo como núcleo. Los adjetivos representan la calidad o la relación y se manifiestan normalmente en polaridades como los predicados de experiencia. Finalmente, el predicado prototípico de representación se articularía con *ser*, y su producto resultante sería un enunciado clasificatorio o descriptivo como *Eva es la madre*, que tendría un sustantivo como núcleo. Así, las tres funciones comunicativas elementales estarían representadas en tipos oracionales de génesis, articulación e implicaciones distintas: a saber, prototípicamente a) la acción o la intención en enunciados como *Eva ríe*, b) la expresión o relación en enunciados como *Eva tiene frío* o *Eva es alta* y c) la descripción o categorización en enunciados como *Eva es la madre*.

3.1. Predicados y oraciones

De la predicación, dependen, en las lenguas indoeuropeas, los tipos oracionales. Los enunciados de acción, prototípicamente centrados en verbos, comportan la existencia de relaciones internas (*casos*, índices para saturar el predicado), conformando el primer nivel sintáctico; al que cabe añadir la determinación periférica, espacial, temporal o causal, lo que constituye el segundo nivel; y aún encontramos el tercer nivel caracterizado por formas de concatenación (*Verknüpfung*) como la aposición, la parataxis y la hipotaxis. El primer nivel determina la serie de los tres casos lógicos (o rectos), que reproducen diáfananamente las tres dimensiones de la clave semiótica de Snell, a saber: el nominal o nominativo (para la representación), el interno del verbo o acusativo (para la acción) y el genitivo (para la relación).

A partir de aquí surgen diversas posibilidades, que el autor considera atendiendo a su diferente emergencia histórica. En primer lugar cabe abrir un apartado sobre las formas enunciativas primitivas, que Snell entiende que comportan determinaciones locales: cualquier enunciado holofrástico, unimembre (una interjección, un nombre, un imperativo) supone la determinación espacial, contiene la misma estructura latente que genera el predicado impersonal *aquí está* en enunciados como *Aquí está Eva*. Esta articulación primaria permite revisar las conexiones antiguas entre *ser* (y *estar*, un locativo) y *haber* (y *tener*), con los debidos cruces y relativas transformaciones, al lado de predicados tipo *hacer*, que vehiculan otra batería de problemas. Parece obvio que esas primeras conexiones presentan vinculaciones con la cuestión deíctica y el tema del espacio, que resulta primordial en las operaciones semiótico-pragmáticas elementales de Snell; así como también con la emergencia del tipo clasificativo o descriptivo, allá donde se presenta la función atributiva de *ser* (*Eva es la madre*). El tema es que la determinación locativa parece estar en el origen de las formas predicativas y las mismas categorías gramaticales.

Pues bien, el nivel de complementación periférica resulta que se origina en la determinación espacial. De aquí surgirán preposiciones y conjunciones que ayudaran a construir el segundo y el tercer nivel de complementación. Más exactamente, por lo que respecta a las otras dos determinaciones, la temporal y la causal:

[...] Las designaciones espaciales, tanto las preposiciones como las conjunciones [...], han desarrollado designaciones de tipo temporal. Las relaciones temporales no tienen formas de expresión originarias propias, sino que la ordenación temporal, lo mismo que la causal, se entiende primeramente sólo de manera implícita; la designación explícita se unía preferentemente a designaciones de tipo espacial (antes, tras, tras de, antes de), etc.; [...] a su vez, las articulaciones de tipo temporal pueden implicar de nuevo una relación causal y llevar a designaciones de articulaciones causales. (Snell 1971: 75-76)

Tanto la complementación causal como la temporal derivan de aposiciones, determinaciones locales o preposiciones que indican la dependencia. No hay complementos temporales “originales”, no hay determinación “temporal”: es una proyección a partir del espacio, que concebimos necesariamente de manera

tridimensional. En la clave semiótica de Snell, las determinaciones locales son descripción o representación, las temporales constituyen proyecciones de expresión o relación y las causales, efectivamente, atienden a acciones o intenciones. Como se verá, cada posibilidad de determinación contiene a su vez tres posibles manifestaciones: por lo que respecta a la determinación local, tenemos la situación (*en*), el origen (*de*) y la dirección (*a*); por lo que respecta al tiempo, *antes*, *ahora* y *después*; por lo que respecta a la causa, tenemos la causa inmediata, la causa real y la causa final. Cada manifestación traduce a su manera los elementos de la clave semiótica, la representación, la expresión o relación y la acción o intención, respectivamente, o constituye una proyección de ella.

Finalmente, aposiciones, parataxis e hipotaxis conforman también una cadena evolutiva, por donde vemos aparecer también preposiciones para el segundo nivel de complementación y conjunciones para el tercero, coordinantes y subordinantes. Por arriba, a nivel supraoracional, tenemos también tres contornos, asociados a la representación (la aseveración), la relación (en este caso la hipótesis, la pregunta) y la acción (el imperativo). Por abajo, a nivel interno de la oración, tenemos las variables que se distribuyen en tres personas (o deixis personal), la primera para la acción o la intención, la segunda para la relación o expresión, y la tercera para la representación. Cabría también mencionar la distribución de los modos verbales, donde el imperativo traduciría la intención, el indicativo la descripción o categorización y el subjuntivo (u optativo) la expresión o relación; o las diferentes modalidades de intención, deónticas o de posibilidad, y su relación histórica con modos oracionales y la emergencia tardía de las frases finales y condicionales.

Snell también especula sobre condiciones de la enunciación, la emergencia de polaridades como la afirmación o la negación y los grados de veracidad (probable, posible, etc.), así como la expresión de la duda. Aborda los contrastes entre oposiciones binarias y ternarias en la deixis personal, en la voz y en el llamado aspecto verbal, señalando que la distinción entre hechos puntuales, estados y resultados se adecuaría a la clave semiótica de la acción, la expresión y la representación, y así como también la distinción entre aspecto imperfectivo (activo) y aspecto resultativo (descriptivo), allá donde resulta aplicable.

Por lo que respecta a los tipos verbales, hemos visto como, al lado de los auxiliares (que pueden expresar determinación local, propiedades o cualidades y descripción o categorización), emergen los prototipos de la acción (*hacer*, *reír*). En este dominio, más adelante en su ensayo, el autor tiene en cuenta la distinción entre acontecimientos, la actividad espacio-temporal en el mundo natural, procesos, típicamente atéticos, como expresiones o relaciones, y el tipo más completo y productivo, las acciones animadas, con la consecuente proyección del mundo intencional y finalista del hombre en diferentes aspectos de la naturaleza. Es este tercer tipo el que producirá substantivos abstractos, que podrán dar lugar a su vez a nuevas clasificaciones de la acción. En la medida en que esos tipos activos e intencionales dan lugar a categorizaciones abstractas, Snell podría haber alargado aquí su clave semiótica hasta abrazar los *verba sentiendi* (expresión; o verbos de percepción sensible, cf. Sweetser 1990), los *verba dicendi* (acción; como hacer cosas con palabras) o los *verba iudicandi et cogitandi* (representación; hoy, *evidence statements*), algo que nos permite ver la continuidad entre tradiciones y la

articulación entre categorías semánticas (pero vid. más adelante, final de la sección 3.3).

3.2. Adjetivos

Como hemos comentado, el modo de la expresión es el menos desarrollado gramaticalmente y por lo tanto el más limitado y el que de alguna manera conserva los rasgos más primitivos. Es también el modo menos definido y que presenta más dependencia (interacciones, transferencias) respecto a los otros dos. Se presenta bajo dos formas, la adjetivación, que está determinada por polaridades de manera mayoritaria, y la gradación, que conoce tres posibilidades o grados. La gradación se deja explicar en la clave semiótica de Snell en términos de descripción o representación en el grado positivo o simplemente expositivo, en términos de expresión o relación en el grado prototípicamente comparativo, que se articula en tres manifestaciones, y en términos de acción o intención en el grado especial o superlativo que singulariza una cualidad sobre el resto.

En las lenguas indoeuropeas los adjetivos pueden pertenecer a tres grandes tipos básicos: los adjetivos de cualidades externas, claramente descriptivos, los de estado de ánimo o experiencia, vinculados prototípicamente a la expresión o la relación, y los valorativos, vinculados a la intención y la acción. Como sabemos, hay interesantes propiedades sintácticas que identifican a los tres grupos, y podemos rastrear sus orígenes figurativos de diferentes maneras. Está claro que hay adjetivos derivados tanto de verbos como de sustantivos, que alimentan el ciclo. Unas categorías se sobrepone a otras de manera productiva, enriqueciendo los significados y el sentido, aunque más o menos se adecuan a los modos binarios (polares) y ternarios (asimétricos, graduales) que conocemos.

Por lo que respecta a los tipos valorativos, vinculados a la acción y la intención, parece que se construyen acumulativamente allá donde una propiedad singular se opone a un conjunto difuso, impreciso, para producir lexemas o unidades prototípicas que reproducen de nuevo, de manera productiva, la clave semiótica: entendiendo que hablamos de la dimensión no marcada o positiva, el prototipo valorativo de la intención sería *bueno*; el prototipo valorativo de la expresión serían términos como *bello* o *bonito*; el prototipo valorativo de la representación algo así como *cierto* o *verdadero*.

Por lo que respecta a los tipos expresivos, aquí resulta determinante la polaridad (nótese la correlación entre los tipos básicos y las formas de gradación, algo que cabría atribuir al menguado desarrollo autónomo de la categoría que nos ocupa). Los tipos expresivos son característicamente polares, *contento* / *enfadado*, *satisfecho* / *insatisfecho*, *alegre* / *triste*. Finalmente, por lo que respecta a los tipos representativos o descriptivos, hay que destacar que aquí confluyen cualidades sensoriales, de percepción o de medida, y podríamos señalar de nuevo prototipos positivos como *claro*, *recto* o *grande*.

Como se apreciará, estos son campos abonados para intersecciones y metáforas. Además, nos gustaría destacar que, entre una amplia gama dentro de esos parámetros, prototipos como *bueno*, *correcto*, *cierto* o *claro* se han transformado en marcadores discursivos prácticamente universales (estos, o variantes de estos). En el lenguaje de Snell, serían pistas de la formación de esas categorías, todavía presentes en el discurso y la interacción actuales. La manera en la que el discurso ha transformado (sintetizado o lexicalizado) información prototípica básica se

manifiesta en el paso de esta batería de adjetivos elementales a piezas del discurso con características expresivas (pragmáticas) de la acción, la relación o la representación. Se trata, como decimos, de un ciclo que se enriquece de la propia alimentación, de la productividad de las metáforas. La lengua coloquial, como se suele decir (cf. Deacon 1975), es el dominio en el que permanecen esos estratos funcionales más antiguos y se manifiestan los mecanismos productivos perfectamente en uso, de acuerdo con circunstancias prácticas y cambiantes.

3.3. Substantivos

Llegamos a la tercera dimensión semiótica, la de la descripción o nominación, donde Snell aborda la complicada génesis de los substantivos en las lenguas indoeuropeas. El autor destaca en primer lugar que la nominación capta la categoría, dado que los substantivos remiten a la generalidad; solo los llamados “nombres propios” retrotraen esa propiedad a una designación concreta (e iterativa). Esa generalidad, ante la cual la diferencia específica destaca lo particular de la designación, abre la puerta a diferentes entidades substantivas así como a diferentes maneras de designar.

Por un lado están las denominaciones de la vida que pueden ser exploradas hacia arriba y hacia abajo, por familias, especies y subespecies (*león-fiera-mamífero*); por otro, nominaciones orgánicas o funcionales, menos reseguibles lógicamente: aquí Snell incluye tanto denominaciones orgánicas como de objetos y artefactos (*mano, rama, silla, mesa*). Tanto las clases (por familias) como los elementos orgánicos y los objetos se caracterizan por su acción o su función: teleológicamente, como señala el autor. Seres, organismos, órganos, objetos y artefactos pertenecen al ámbito de la acción y los objetivos; y aquí, la continuidad entre el dominio de la vida y el dominio del artificio merecería todavía ser explorada mejor.

El segundo dominio apunta hacia la substancia de las denominaciones, aquello que una cosa “es”. Snell está pensando en los substantivos que denotan materias, prescindiendo tanto de los objetivos o propósitos como de la forma o apariencia bajo la que se presentan. *Madera, sangre, piedra, agua*, remiten a lo que esas cosas son, aunque aquí la determinación de la substancia neta constituya un parámetro variable (*agua pura*, etc.). El modo de designación característico parecer ser el de la representación, como ocurre también con los adjetivos de cualidades externas, sensoriales (*azul*), perceptivas (*redondo*) o de medida (*mediano*); el prototipo no se define por la escala de la vida o por su función (en una acción) sino por la representación (más o menos precisa) de lo que designa, y en el caso más prototípico, por su descripción neta.

A este segundo dominio de la materia añade Snell el dominio de la forma: refiriéndose a aquellas denominaciones que se refieren al aspecto o apariencia de una entidad, digamos que su relación o expresión. Dicha forma o cualidad se presenta bajo límites difusos: *océano, mar, río, torrente, lago, estanque*. Las modificaciones de la forma determinan entidades diferentes, cosa que no ocurre del mismo modo en el dominio de la materia (donde manda la substancia) o en el dominio de los utensilios (donde manda la función). Un anillo puede ser de oro, y un collar puede contener oro, a su vez; un león puede ser de cartón o una casa puede ser de cartón, etc. Solo las denominaciones puras de las formas matemáticas

(geométricas: *círculo, esfera*), señala Snell, parecen escapar a la imprecisión de los límites y constituirían el caso prototípico o definición integral.

Vida, funciones e instrumentos, por un lado, materia y definiciones substanciales por otro, y formas más o menos puras, por otro, constituyen las tres manifestaciones de la representación o substantivación, en la clave semiótica de Snell. Como antes, los tres modos se entrelazan haciendo posible combinaciones y desplazamientos básicos del sentido. *León* puede ser una descripción correcta de un león esculpido ante un edificio, del dibujo de un chaval de diez años, o de una fotografía de documentalistas en una exposición, de un cuadro abstracto que así se denomine, del apellido de alguien, del animal que yace bajo un árbol en el Serengeti o de las fantasías de alguien durante una noche difícil. Pero hay más cosas. Snell recorre el largo camino hacia la abstracción a través tres procedimientos fundamentales, la metáfora, la prosopopeya y la metonimia discursiva (o “sustantivación” clásica, lingüística).

La figuración (o “metáfora”, para Snell) es uno de los procedimientos creativos elementales, atribuible a capacidades asociativas básicas. Su actuación a través de los diferentes niveles lingüísticos es hoy bien conocida, y el repaso sumario de Snell nos ofrece unos procedimientos primarios: tenemos, en primer lugar, la transposición de la función; como sabemos, los órganos corporales son transmutados en todas las lenguas en abstracciones y proyecciones (*un ojo agudo*), incluyendo estados anímicos. El autor recuerda que en Homero aparecen tres órganos para tres formas del alma: *noús* (o intelecto), para la representación, *thymós* (o ánimo), para el movimiento y *psyché* (o alma) para la experiencia de estar vivo. Igualmente, los objetos y utensilios representan también un tipo elemental de transmutaciones, donde la función preside así mismo el desplazamiento metafórico (*el martillo del destino*). Existe una segunda posibilidad de transposición que consiste en proyectar una cualidad. Los sustantivos de materia y de forma parecen especialmente adecuados para ese tipo de proyecciones, donde una cualidad característica o prototípica de una sustancia o una forma se proyecta en metáforas de tipo expresivo (*una montaña de desgracias*). El tercer modo figurativo es el inherente a la substantivación: por el hecho de captar la generalización, el sustantivo es susceptible de ser aplicado en una diversidad de circunstancias imprevisibles, por su inherente capacidad reasociativa. De maneras que tenemos tres modos metafóricos elementales susceptibles de ser combinados y recombinados: el sustantivo o inherente, el adjetivo o cualitativo y el funcional o activo (cf. Trim 2007, para una elaboración contemporánea).

Snell parece muy consciente del papel desempeñado por la animación generalizada y las proyecciones antropomórficas en la génesis del significado, y por eso reserva un lugar, junto a la figuración o metáfora, para la prosopopeya, bajo la rúbrica de *Nombres de dioses* (Snell 1971: 155). La idea de la transposición de la acción humana en una dimensión más abstracta y comprensiva no es un dato lateral en la evolución del lenguaje sino central en los procedimientos de conceptualización y construcción del conocimiento. En definitiva, Snell pone de manifiesto que “entre” los nombres propios tal como los conocemos y los nombres comunes (con las propiedades de acción, relación y categorización que hemos descrito) hay que contar con los nombres míticos, creados por proyecciones de

significado que se entrelazan inmediatamente con los significados abstractos. Esos “nombres de dioses” o nombres míticos representan un paso intermedio en el camino de la abstracción y la conceptualización, un *point de repère* imprescindible para cualquier historiador del lenguaje y las ideas. Un tal enfoque, pragmático e histórico a la vez, recuerda el funcionamiento de los *universales fantásticos* de Giambattista Vico, el primer estudioso en la tradición occidental que hizo de la figuración, de la capacidad poética y del lenguaje mismo, en sus determinaciones prácticas, es decir de uso, la triada básica sobre la cual tendrían que emerger los procesos de humanización y socialización característicos de la especie humana (Vico 1990; Viana 2015).

Finalmente, y como hemos anunciado, el lenguaje da paso a sus propios procedimientos abstractivos: la transposición entre categorías, principalmente aquí verbos y adjetivos, produce procesos de substantivación y abstracción que revierten más tarde a su vez en nuevas formas verbales y adjetivas. La substantivación clásica (empezando por el infinitivo, *esos andares*) se realiza a través de agentes, acciones y resultados, por medio de procesos específicamente lingüísticos bastante conocidos y apreciados por los filólogos (Snell 1971: 157-163). Si la abstracción deriva de la acción, a través de un agente, un proceso o un resultado, la actividad perceptiva y mental es vista también como un modo de operar. Como habría dicho Austin, pensar es una manera de hacer. Y aquí (re)surgen con vigor los *verba sentiendi*, sobre los cuales Snell apunta que originalmente no diferenciaban sujeto de complemento y se presentaban como procesos (cf. *la vista*, que tanto se refiere a la capacidad humana como a lo que ofrece un paisaje); también los *verba dicendi*, base más tarde de la tan fundamental elocuencia discursiva o transferencia de agentividad (*como dice el texto* o también *la cosa habla por sí misma*); y la rica batería de los *verba iudicandi et cogitandi*, que conciben el pensamiento en términos de operaciones y acciones; y de aquí nuevas denominaciones abstractas como *conocer*, *creer* o *saber*, que acaban igualmente formando piezas y elementos discursivos con contenido propio.

A estas alturas, queda claro que a los modos pragmáticos (o semióticos) de significar, la acción, la relación y la categorización, hay que añadir a) la génesis de categorías sintácticas en las lenguas humanas, b) los procesos de entrecruzamiento de categorías, funciones sintácticas y modos de significar, c) procesos específicos de figuración y metaforización, que alargan la agentividad humana a través de objetos, acciones abstractas y representaciones, entre los cuales hay que nombrar especialmente a la prosopopeya, y finalmente d) la propia capacidad autoorganizativa del lenguaje, que transpone categorías, genera nuevas piezas y recompone las antiguas (pensemos en la formación de artículos, en la elaboración de nexos, o en la desaparición de géneros). Hacia esa arquitectura final, de resultados tan diversos en las diferentes variedades lingüísticas, se encamina Snell, con su propuesta genética para identificar los estratos formativos, las capas más antiguas que han quedado latentes en las mismas manifestaciones contemporáneas.

3.4. Ser, hacer, decir (una terna peirceana)

Como insinuamos aquí mismo, este recorrido nuestro por *La estructura...* deja cosas atrás, que Snell sí que aborda, como la consistencia de los géneros (un rasgo típicamente figurativo y antropomórfico), el número, los adverbios o la negación y sus diferentes procedimientos. En los últimos capítulos, Snell destaca el carácter

constituyente de tropos y figuras, retoma el asunto del nacimiento de las relaciones temporales y causales y, explorando la complejidad creciente de los niveles discursivos, aborda los orígenes de los tres géneros poéticos clásicos, épica, lírica y drama, como estadios resultantes de la propia arquitectura funcional y lingüística. El ensayo se cierra indagando sobre la noción filosófica de *verdad* y la desconfianza relativa hacia el lenguaje, y acude al Maestro Eckhart para referirse a la ocultación de la palabra en el interior del alma y la necesidad de la desaparición de “todas las voces y todos los sonidos” de manera que “quede un silencio más alto, un absoluto silencio” (Snell 1971: 211).

Esos dos últimos capítulos representan la alianza fundamental entre poesía y filosofía, también establecida genéticamente o históricamente, o entre el decir y el pensar (como sostiene la tradición de *Dichter und Denker*, poetas y pensadores, tan arraigada en las letras alemanas). En cualquier caso, Snell, como cabría esperar, huye del simple empiricismo, aunque entiende el valor creativo de la acción (en la estela de aquellos padres fundadores de la antropología cognitiva), y huye también del puro reduccionismo gramatical, al considerar que los niveles pertinentes de estudio, que empiezan en el movimiento y la gestualidad y prosiguen con los sonidos, no se agotan en las frases sino que se prolongan a través de los textos y los géneros, los cuales a su vez determinan épocas y estilos de pensamiento. De nuevo, anticipa a Frye (1982) y sus determinaciones estilístico-retóricas sobre los lenguajes antiguos; y retoma (sin leerlo ni citarlo) el mejor Peirce sobre la capacidad creativa del lenguaje (Peirce diría: la capacidad simbólica). No parece haber duda que Snell mantiene una noción creativa de discurso, para la cual propone la articulación de la gramática en los textos y en los géneros. Una noción de discurso que podría refundirse en tres predicados elementales, a la manera de Peirce, *ser*, *hacer* y *decir*: *ser* para las categorías emergentes, *hacer* para la acción constitutiva, tanto práctica como discursiva, y *decir* para el nivel expresivo que articula la palabra y el pensamiento. O, como podríamos decir también, una matriz para dar cuenta de la aparición y diversificación de la sintaxis, desde el punto de vista cognitivo y pragmático.

4. Gramáticas del Paleolítico

Pero quizás la parte de su análisis que hoy nos resulte más pertinente es la que se relaciona con las pistas evolutivas que Snell va desgranando en su estudio: la idea de unos estratos latentes, todavía identificables en el material lingüístico corriente, que orientan sobre la génesis de la gramática. En ese sentido, el cuadro que emerge de una aproximación de ese estilo, fiel a la historia filológica de las lenguas indoeuropeas, es el de la gramática como algo muy primitivo, una idea desarrollada en diferentes lugares por Friedrich Nietzsche (cf. Nietzsche 1988). Las gramáticas originales, retrotraídas a las estructuras primarias consideradas por Snell, son algo bastante sencillo, sustentado en la acción y las proyecciones humanas, alimentado por la figuración y la fantasía (sin fantasía o imaginación creativa no hay lenguajes). Si, como parece, las lenguas humanas son conjuntos autoorganizados (dentro de unos límites, digamos, *à la Humboldt*) sobre una base de experiencias multimodales, icónicas y referenciales, que se desarrollan tardíamente, llevan en su propia génesis (y en sus resultados actuales) las marcas del Paleolítico. Es posible describir las lenguas humanas, desde ese punto de vista, como artefactos bastante

imperfectos, en orden a una serie de principios simples pero sorprendentes, porque habrían de resultar bastante productivos considerando el conjunto y la cohesión que se derivan. Podríamos intentar una lista como la siguiente, para lenguas como las indoeuropeas:

- 1 La dimensión local, el espacio, es constitutiva en las redes de sentido. La deixis espacial precede evolutivamente a la deixis personal. La deixis realimenta la gramática al redistribuirse y extenderse por el resto de categorías.
- 2 No hay categorías originales de tiempo: todas son proyecciones de la deixis espacial. La dimensión temporal cobrará fuerza y se articulará con la expansión de los modos narrativos. Igualmente, la dimensión causal es una proyección de las anteriores en la dinámica lógica.
- 3 *Ser* (y *estar*), con *haber* (y *tener*), organizan las estructuras oracionales primarias, originadas en la acción. La atribución constituye la forma más sencilla de predicación, con la aparición del sustantivo. Los verbos propiamente activos (tipo *hacer*) generan las llamadas estructuras argumentales o relaciones internas (casos, índices). Las relaciones adjetivas se organizan por polaridades y gradaciones.
- 4 Aposición, parataxis e hipotaxis, en este orden, aparecen como diferentes sistemas lógicos de cohesión; acompañan la aparición de preposiciones y conjunciones, provenientes de categorías gramaticales primarias. Hay una diversificación creciente en la morfología (“la morfología de hoy es la sintaxis de ayer”).
- 5 Los marcadores discursivos representan modos básicos de significar y recogen el léxico de categorías relacionales prototípicas (*bueno, correcto, cierto, claro*, etc.).
- 6 Los nombres abstractos derivan de acciones verbales y cualidades relacionales, que generan a su vez verbos y acciones abstractas. Hay un proceso figurativo siempre en marcha, por la propia capacidad asociativa humana, y por el hecho de que los sustantivos expresan categorías generales.
- 7 Hay una agentividad redistribuida en objetos, instrumentos y representaciones, como parte del antropomorfismo original en la constitución del lenguaje.

Estos siete elementos tienen algunos puntos en común, que son el foco de la semiótica cognitiva: suponen que los sistemas simbólicos humanos parten de la corporalidad (= *embodiment*), la propiocepción o conciencia de uno mismo, y la proyección figurativa (Cassirer 1964). Parece que las lenguas articuladas se desarrollan y cobran fuerza muy recientemente, tras el último estirón del crecimiento cognitivo postfetal, probablemente alrededor de cien mil años atrás; su rápido desarrollo y diversificación a lo largo del mundo puede explicarse sobre la base de la maduración de un sistema de conectividad a larga distancia o conectividad extendida (el fenotipo del *homo sapiens*), operando sobre un fondo multimodal (icónico, vocálico y referencial) multiseccular, como hemos apuntado, ya en vigor al menos desde el estirón cognitivo del *homo ergaster*, que habría

provocado el aumento progresivo del período juvenil y de aprendizaje (Viana 2015). Es esa autoorganización la que necesita partir de la corporalidad, la propiocepción y la proyección figurativa como elementos constitutivos. Conectividad extendida, corporalidad y figuración parecen estar en la base de la extensión de la diversidad lingüística (cf. Bernárdez 2008), y parecen también un fundamento razonable para los rasgos listados en 1-7, la arquitectura antigua de la gramática, que podría reseguirse en variedades tipológicas muy diferentes. Esas gramáticas del Paleolítico se habrían extendido a lo largo del planeta alimentándose de la propia diversidad cultural y de la lógica variación social inherente a los grupos humanos.

No hay duda de que hoy sabemos muchas más cosas sobre el detalle de esos procesos. La gramática cognitiva ha incidido en las cuestiones históricas y tenemos una visión bastante completa y satisfactoria de la arquitectura gramatical y la manera en la que las piezas alimentan y retroalimentan los significados (Heine et al. 1991; Heine 1997; Traugott 2002; Heine & Kuteva 2006; Heine & Kuteva 2008). La aportación de Snell no solo resulta pionera, sino que abre la discusión a la intersección entre biología y semiótica, como hemos apuntado más arriba. Quizás no sea la mejor de las teorías, pero se abre a los temas cognitivos desde la más estricta fundamentación filológica, con el utillaje del conocimiento histórico de las lenguas clásicas, permitiendo (quizás de manera sorprendente) enlazar las tradiciones de investigación, algo que tiene ya de por sí interés historiográfico. Snell profundiza tanto en la semiótica de la comunicación como en la historia de los conceptos, una alianza poco frecuente, incluso en la tradición alemana. Para Snell está claro que la arquitectura gramatical se forja en la acción y en la construcción compleja de nuevas piezas que permiten la abstracción y la conceptualización; pero también encuentra la garantía de veracidad de una traslación o de una nueva construcción en la misma historia filológica, la historia de las lenguas se convierte en el crisol en el que se evalúan, de manera positiva, los procesos de emergencia gramatical.

5. Tradiciones lingüísticas y la barrera del Atlántico

Aproximadamente hacia la misma época en la que Snell publica *Der Aufbau der Sprache*, durante los primeros cincuenta del siglo XX, empieza a difundirse entre el público universitario la obra del lingüista Benjamin L. Whorf (1897-1941) (cf. Whorf 1998), que será conocida como la hipótesis del relativismo lingüístico o hipótesis Sapir-Whorf, por la inclusión de las ideas de Edward Sapir (1884-1939) en el paquete conceptual. La hipótesis Sapir-Whorf tenía un enfoque antropológico, y quizás una de sus tesis más impactantes, es posible que la más difundida y debatida hacia esa época, era la de la inexistencia de una categorización temporal en la lengua de los indios hopi de Norteamérica.

Aunque las ideas sobre relativismo lingüístico han sido reconsideradas y matizadas en diferentes ocasiones (para una revisión reciente, desde el punto de vista europeo, cf. Trabandt 2012), no se suele poner de manifiesto las conexiones entre la hipótesis Sapir-Whorf y la investigación filológica sobre lenguas indoeuropeas hacia la misma época. Aquí el Atlántico parece funcionar como una barrera histórica y epistemológica, indicando también el *turning point* entre tradiciones lingüísticas. Sin embargo, la relación entre los descubrimientos sobre

lenguas americanas y el conocimiento filológico desarrollado en Europa resulta particularmente elocuente. La idea de que no existen categorías temporales originales, sino que estas se desarrollan a partir de determinaciones espaciales, a través de procesos (que hoy llamamos) de gramaticalización parece tener un recorrido importante y aquí la síntesis de Snell sobre la génesis y la arquitectura de estos procesos parece resultar pertinente.

En la competencia relativa entre métodos y (sub)disciplinas, el episodio sobre la lengua de los indios hopi y las consideraciones filológicas sobre el antiguo indoeuropeo, con su aparente mutuo desconocimiento y el enorme abismo diferencial de sus repercusiones respectivas, substantivas, en el caso de Sapir-Whorf, bastante más discretas en el caso de Snell, merecen alguna consideración. En los dos casos estamos hablando, concretamente, del funcionamiento de posibles, o relativas, o emergentes, gramaticalizaciones de la esfera del tiempo. El argumento de Whorf era que no existía una conceptualización del tiempo parangonable a la conceptualización occidental, en esa variedad de lengua americana. La bibliografía similar abundó en ejemplos de diferencias en la conceptualización que parecían consolidar la idea de las lenguas como compartimientos estancos. Haberse fijado en la manera como las lenguas emergen de la acción y gramaticalizan conceptos que resultan útiles hubiera sido otro camino. Las nociones temporales, como las causales, se pueden desarrollar más o menos en función de las piezas que se dediquen a ello, más sus posibles traslaciones (dentro de los límites de la articulación gramatical, queda claro). Snell en algún momento habla del desarrollo, digamos, “científico” del vocabulario, algo que transformó la gramática y el léxico griegos y cuyas consecuencias todavía experimentamos.

Por lo que respecta a las nociones temporales, el investigador contemporáneo podría volverse hacia las lenguas de Australia, con su insistencia en la determinación espacial y las metáforas de origen “local” que dominan su sistema narrativo y rítmico, a través de melodías y canciones. El “tiempo de los ancestros” (una denominación, como se ha hecho notar, de clara contaminación occidental) es más bien “el lugar de los ancestros”, en las tradiciones australianas. Las categorías temporales emergen en la narración a partir de las categorías espaciales o locales. Lo que descubrió Whorf parece más bien una pista de largo alcance, que conecta con las lenguas australianas y, a través de los estratos textuales de la filología clásica, como señala el trabajo de Snell, con la emergencia de categorías temporales en las lenguas indoeuropeas.

De manera que lo que parecía un argumento relativista quizás sea en el fondo un argumento sobre la génesis de la arquitectura gramatical, y aquí habría lecciones sobre elementos comunes que cabría aprovechar, lecciones universalistas, digamos, contra toda expectativa. No hay duda de que las formas déicticas se extienden por todas las lenguas del mundo, contaminado de forma generalizada la estructura gramatical, como señaló Roman Jakobson. Pero los niveles de abstracción y conceptualización son una de esas variables que pueden inundar más o menos las formas del vocabulario, como sabemos también. Habría que reservar un sitio para la temporalidad y la causalidad, y sus posibilidades relativas de emergencia y articulación. Snell incidió, con su clave semiótica (que lo alineaba sorprendentemente con la biología), en las cuestiones diacrónicas, de manera

particular. Whorf, al revés, aunque partía de un marco antropológico, destacó las diferencias sincrónicas. La comparación podría llevarnos más lejos, a través de las adherencias de sus respectivas tradiciones lingüísticas. En cualquier caso, y eso resulta de alguna manera significativo, los dos autores nacieron en la misma década, con solo un año de diferencia. Hoy, que quizás sabemos valorar mejor el peso de la evolución y la historia, podemos apreciar ese intenso parecido y sus pequeñas pero grandes diferencias.

6. Conclusiones

En este trabajo hemos repasado una contribución singular, de los primeros cincuenta, quizás poco valorada en la actualidad, obra del filólogo alemán Bruno Snell, traducida al español en los primeros setenta como *La estructura del lenguaje* (Snell 1971). Su trabajo fue una contribución pionera a lo que hoy llamaríamos biosemiótica, la alianza entre los signos, como mediadores entre la naturaleza y la cultura, la dimensión biológica y los procesos de significación humanos. Snell imaginó un diseño para la arquitectura de las lenguas indoeuropeas, con una base filológica constatada, en función de modos de significar que se articularían en los diferentes niveles de categorización gramatical y sintáctica. Pensó, siguiendo la estela de los “primeros padres” de la antropología cognitiva como Scheler, Bühler o Cassirer, que se podrían tomar en cuenta el modo de la acción y la intención, el modo expresivo o de relación y el modo descriptivo o de representación. Dedicó su estudio a mostrar correlaciones significativas entre esos tres modos y la arquitectura gramatical, indicando la génesis progresiva de las categorías y las estructuras. En su trabajo, la historia de las lenguas era el elemento probatorio (positivo) determinante para dar cuenta de los estratos funcionales, las etapas formativas que han quedado latentes en las manifestaciones contemporáneas. La gramática, como hoy defendería la semiótica cognitivista, reforzando la aportación de Peirce, era para Snell el producto de la acción y la comunicación, alimentándose de ciclos recursivos y productivos, que construyen sus propias categorías. A su manera, pues, defendió una especie de autoorganización semiótica, aunque no entró en consideraciones sobre antropología evolutiva que hoy nos resultan pertinentes y ayudan aún más a valorar su trabajo, como hemos destacado a lo largo de estas páginas.

Bibliografía

- Barrena, Sara (2007): *La razón creativa*. Madrid: Rialp.
- Bernárdez, Enrique (2008): “Collective cognition and individual activity: variation, language and culture”. En Roslyn M. Frank, René Dirven, Tom Ziemke, Enrique Bernárdez (eds.), *Body, Language and Mind: Sociocultural Situatedness*, Nueva York: Mouton, pp. 137-167.
- Boert, Bart de, Sandler, Wendy & Kirby, Simon (2012): *New perspectives on duality of patterning*, *Language and cognition* 4(4), 251-259.
- Bühler, Karl (1934). *Sprachtheorie. Die Darstellungsfunktion der Sprache*. Jena: Fischer.
- Cassirer, Ernst (1964) [1923-1929]: *Philosophie der Symbolischen Formen*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Deacon, Terrence (1997): *The Symbolic Species*, Nueva York: Norton.

- Deledalle, Gérard (2000): *Charles S. Peirce's Philosophy of Signs*, Bloomington: Indiana University Press.
- Favereau, Donald (ed.) (2010): *Essential Readings in Biosemiotics*, Nueva York: Springer.
- Fitch, William T. (2010): *The Evolution of Language*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Frye, Northrop (1982): *The Great Code*, Nueva York: Harcourt.
- Halliday, Michael A. K. (1978): *Language as Social Semiotics: The social interpretation of language and meaning*, Amsterdam: John Benjamins.
- Heine, Bernd (1997): *Cognitive Foundations of Grammar*, Oxford: Oxford University Press.
- Heine, Bernd, Ulrike Claudi & Friederike Hünemeyer (1991): *Grammaticalization*, Chicago: Chicago University Press.
- Heine, Bernd & Tania Kuteva (2006): *The Changing Languages of Europe*, Oxford, Oxford University Press.
- Heine, Bernd & Tania Kuteva (2007): *The Genesis of Grammar*, Oxford, Oxford University Press.
- Hockett, Charles F. (1960): "The origin of speech", *Scientific American*, 203, 88-111.
- Jung, Matthias (2009): *Der Bewusste Ausdruck*, Nueva York, De Gruyter.
- Nietzsche, Friedrich (1988): *Sämtliche Werke*, Giorgio Colli & Massimo Montinari (eds.), 16 vols., Munich: Deutsche Taschenbuch. Recurso electrónico. En línea: <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB> [consulta 18.09.2014]
- Onians, Richard B. (1987 [1954]): *The Origins of European Thought about the Body, the Mind, the Soul, the World, Time and Fate*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Sebeok, Thomas A. & Donna J. Umiker-Sebeok (eds.) (1991): *Biosemiotics: The semiotic web*, Nueva York: Mouton.
- Skoyles, John & Dorion Sagan (2002): *Up from Dragons*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Snell, Bruno (1971 [1952]): *La estructura del lenguaje*. Madrid: Gredos. [*Der Aufbau der Sprache*, Hamburg: Claasen, 1952.]
- Snell, Bruno (2007 [1946]): *El descubrimiento del espíritu: estudios sobre la génesis del pensamiento europeo en los griegos*. Barcelona: Acontilado. [*Die Entdeckung des Geistes*. Hamburg: Claasen, 1946.]
- Sweetser, Eve (1990): *From Etymology to Pragmatics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Trabant, Jürgen (1986): *Apeliotes, oder, Der Sinn der Sprache*, Munich: Fink.
- Trabant, Jürgen (2012): *Weltansichten: Wilhelm von Humboldts Sprachprojekt*, Munich: Beck.
- Traugott, Elisabeth C. (2002): *Regularity in Semantic Change*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Trim, Robert (2007): *Metaphor Networks: The comparative evolution of figurative language*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Viana, Amadeu (2013): "La nissaga desvalguda de l'home: altricialitat i autoorganització". *Llengua, societat i comunicació*, 11. Recurso electrónico. En línea: <http://revistes.ub.edu/index.php/LSC/article/view/5557> [consulta 18.09.2014].
- Viana, Amadeu (2015): *Tempesta de signes*. Lleida: Pagès.
- Vico, Giambattista (1990): *Opere*, Andrea Battistini (ed.), 2 vols., Milano: Mondadori.
- Whorf, Benjamin L. (1998): *Language, Thought and Reality*, John B. Carroll (ed.), Cambridge MA: The MIT Press.